

SAN AGUSTÍN: PROFESOR, MAESTRO, PEDAGOGO

Donato Jiménez Sanz¹

Muchos títulos con toda propiedad y mérito le son aplicados a san Agustín por los más altos pensadores de todos los tiempos. Igualmente, se le ha dado con todo mérito y propiedad, también, el de «primer pedagogo moderno» (*Conf. BAC*, II, p. 109). Aprender y enseñar fue la actividad de su vida. Aprender para enseñar, y enseñar para aprender.

Plus amo discere quam docere ('Quiero más aprender que enseñar, y así lo confieso'), escribe al distinguido tribuno Dulcicio (*De octo Dulcicii quaestionibus* 3, 6; *Ep.* 157, 5. 41). «A mí, me place más oír al Maestro que ser oído como maestro» (*Ep.* 166, 4, 9). Algo parecido, aunque muy lejanamente, quisiera reflejar en este trabajo: al hilo de la exposición sea san Agustín quien ponga las frases luminosas y les dé su característico peso. Haré uso, por ello, de algunas citas en latín por que no solo se oiga el fondo que remece, sino también resuene la expresión que deleita. Sentencias bellamente hilvanadas con antítesis, paronomasias, retruécanos, quiasmos,

¹ Secretario General de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima.

similicadencias, oxímoros, paradojas. Que por algo S. Agustín —*dicendi peritus*— es maestro, también, en el decir.

PRINCIPIO PEDAGÓGICO

Un principio pedagógico agustiniano es más la *libera curiositas* que la *meticulosa necessitas* (*Conf.* 14, 23). Es decir, más la afición libre que la obligada exigencia. Lo expresa san Agustín por experiencia propia. Sabido es el pavor que sufría el adolescente Agustín cuando le vapulaban en clase de griego. ¿Por qué odiaba la gramática griega? —*cur graecam grammaticam oderam?*— ¿Por qué Homero le fue tan amargo y la dulzura de sus fábulas le resultó lacerante como hiel? Todavía no sabía ni palabra de griego y ya tenía que aprenderlas —*saevis terroribus ac poenis*— con palizas y castigos. Tomándole el término a Quevedo séanos lícito sospechar el calibre del dómine que le tocó sufrir al niño Agustín para que esa materia se le hiciera tan odiosa; a él, a quien, como ante Dios confiesa, le sobraba memoria e ingenio: *Non enim deerat memoria vel ingenium* (*Conf.* 1, 9, 15).

Mas la educación —*educere*, ‘sacar de’— es dura labranza que empeña frutos de verano, pero se hace con sacrificios de invierno y entrega perseverante. «Educar significa sacar el corazón del formando de una situación de presente para llevarlo más allá, hacia su futuro como persona y como miembro de una comunidad» (*Studium sapientiae* 1987: 147). Resuena, en este aspecto, la cadenciosa y musical retórica agustiniana: *Nec attendas quam illi sis molestus, sed quam tibi ille sit dilectus* (*De util. ieiun.* 9, 11), es decir, ‘No te importe cuán molesto puedas serle tú a él, sino cuán amable debe serte él a ti’. El gran educador de muchachos y de espíritus que fue san Juan Bosco resumía así: «Mucho amor y mucho humor».

Objetivo inequívoco de Agustín fue formar personas. Y personas cristianas, razón última de toda su antropología. Sus valores fueron los de la persona. Empezando por la búsqueda de la verdad, estuviera donde estuviere: *Veritas nec mea sit propria, nec tua, ut et tua sit et mea* (*In ps.* 103, 2, 11). «Que la verdad no es mía ni tuya para que sea tuya y mía». Machado lo cantó así: «— ¿Tu verdad? / —No, la verdad. / Y ven conmigo a buscarla». «Los alumnos enseñan a través de sus maestros lo que aprenden de ellos, y los maestros aprenden en aquellos lo mismo que les enseñan. Por la *identificación* que confiere el afecto mutuo se hacen nuevas en ambos las antiguas verdades transmitidas» (*De cat. rud.* 12, 17; *Stud. Sap.* n.º 145).²

El oficio de maestro, entonces, será transmitir ciencia y sabiduría para llevar a la Sabiduría. ¿Y qué debemos entender por sabiduría sino la Sabiduría de Dios? ¿Y qué es la sabiduría de Dios sino la Verdad? Lo dice Agustín: *Ubi inveni veritatem, ibi inveni Deum meum*: «Donde encontré la verdad allí encontré a mi Dios» (*Conf.* 10, 24, 35). Y la verdad consiste en una suprema Medida —*summum modum*—. O con la multiseccular palabra escolástica, sublimada, la *adaequatio*. Y siendo suprema y perfecta, es también verdadera Medida. Medida y Verdad coinciden. Quien por la verdad, pues, viniere a la suprema Medida, *beatus est*, ese es el hombre feliz. Esto es poseer a Dios —*Deum habere*—. Y eso es gozar de Dios —*Deo frui*— (*De beata vita* 4, 34). El deber de una vida recta se deriva del veraz culto a Dios. Yerran los filósofos porque quisieron fabricarse a su modo una vida bienaventurada, y estimaron que esa vida había que labrarla más bien que suplicarla, pues quien la otorga es Dios. Porque Dios es la medida del hombre. «Y nadie puede llenar al hombre, sino el que creó al hombre» (*Ep.* 155, 1, 2).³

² *Quia per amoris vinculum in quantum in illis sumus, in tantum et nobis nova fiunt quae vetera fuerunt.*

³ *Neque enim facit beatum hominem, nisi qui fecit hominem.*

Su honradez como profesor le hace ser necesariamente honrado como pedagogo. En la pedagogía agustiniana se acentúa la enseñanza humanista, pero se afirma sobre todo la formación ascética. Lo decisivo es la conciencia moral, que ilumina nuestra inteligencia y en esa luz nos hace conocer la Ley eterna. Aquella que de jóvenes aprendimos de memoria y que conviene recordar hoy en esta época de contracultura y aberraciones impuestas por tendencias de políticos arrogantes. Aquella Ley eterna que san Agustín define, contra Fausto el maniqueo, como *Ratio vel voluntas Dei ordinem naturalem conservari iubens, perturbari vetans* (*Contra Faust.* 22, 27).

No descuidará la cultura, ni la ciencia ni la filosofía ni la elocuencia para la vida espiritual. Todo es puesto al servicio de la salvación. Lo intuyó claramente santa Mónica para su hijo (*Conf.* 2, 3, 8), y lo ejerció admirablemente en toda su obra san Agustín. Lo decisivo es la formación de la voluntad: para que los tiempos sean mejores, formemos voluntades buenas. *Nos sumus tempora; quales sumus, talia sunt tempora. Homines sunt voluntates* ha quedado como universal máxima culta. Serán los tiempos como los hagamos nosotros: «ojalá no abundaran los malos y no abundarían los males» (*Serm* 80, 8).⁴ Y al endeble propósito refranístico del *año nuevo, vida nueva*, por ejemplo, se le opone agustiniana y palmariamente el inconcuso hecho como pedagogía y como fruto: *A vida nueva, año nuevo. Bene vivamus, et bona sunt tempora*: «vivamos bien, y solo entonces será verdad aquello de “próspero año nuevo”» (*Serm* 80, 8). No se imponga, pues, la actitud fatalista, ni la ocurrencia ciega; sino iluminar cualquier circunstancia desde perspectiva inteligente y propósito responsable (*Cuanto uno es más capaz de entender una cosa, tanto más apto es para enseñársela a los demás. El don de la persev.* 16, 40).

⁴ *Utinam non abundarent mali, et non abundarent mala.*

El estudio y el saber no puede menos que conducir a la sabiduría de Dios. Los saberes que no conducen a Dios, no solo desconocen la fuente, sino que no alcanzan su meta. O sea, es saber muy poco, o es un pobre saber. Y ciencia tan alta, nos la enseñó ya tempranamente y sencillamente la quintilla popular: «Es la ciencia consumada / el que el hombre en gracia acabe, / que al final de la jornada / aquel que se salva sabe / y el que no, no sabe nada».

ENSEÑANZA AGUSTINIANA

La enseñanza y la pedagogía agustiniana está sembrada a través del anchísimo campo de sus obras. Hay muchos estudios y muy valiosos sobre los principios, método, pautas y aplicación de la rica pedagogía del Hiponense. San Agustín recogió lo mejor de la pedagogía griega y latina, y la cristianizó al poner a Cristo como fundamento y culmen de toda enseñanza y de todo aprendizaje de sabiduría.

En tres obras, sin embargo, se halla tratado propiamente el tema de la enseñanza. El primero es el libro *De Magistro* (h. 389) escrito en Tagaste al año, o poco más, de venir bautizado de Milán. Es un diálogo entre Agustín y su hijo Adeodato. Este, con apenas quince años y su ingenio, aventajaba a muchos varones doctos y graves: «Vos sabéis —confiesa Agustín ante Dios— que son tuyas todas aquellas sentencias que puse en su boca, cuando corría sus dieciséis años» (*Conf.* 9, 6, 14). La enseñanza, dice en *De Magistro*, se realiza por el lenguaje que el maestro trasmite al discípulo. ¿Pero se da esta transmisión? No entramos aquí en la teoría tan influida de platonismo y desarrollada en *De Magistro* sobre el aprendizaje. Si un alumno aprende la definición de una idea, dice san Agustín, es porque, de alguna forma, poseía en la mente la idea propuesta. Si no, nada entendería. Por tanto, la palabra en la enseñanza es insuficiente. El alumno aprende de las palabras, de los demás

signos y de los gestos, pero de modo principal, en virtud de una *propiedad de la mente*, por una intuición en la que se manifiesta la Verdad. Comprendemos las cosas en nuestra inteligencia, no por la voz exterior de quien nos habla, sino consultando la voz interior que habla en nuestra mente. El maestro exterior es más bien un *ministro*. El verdadero Maestro es Jesucristo. Otro libro es el *De doctrina christiana* (h. 397). Es una introducción a la Sagrada Escritura y una enseñanza de los modos de predicación sobre ella. Se trata de encontrar un método —*modus inveniendi*— para saber lo que quiere decir, y encontrar otro método —*modus proferendi*— para exponer lo entendido (*De doctr. christ.* 1, 1, 1). «El hilo conductor, dice el padre Rubio, que da unidad al conjunto es, en este caso, la pretensión agustiniana —que es primicia histórica— de ofertar un *currículum* académico que responda a todas las necesidades e inquietudes del hombre: desde las puramente científicas hasta las más profundamente religiosas. Todo ello a la luz de la fe y de la mano de la Sagrada Escritura» (cf. Rubio Bardón).

El libro en el cual me apoyaré para este trabajo es el *De Catechizandis rudibus*,⁵ (*Catequesis para principiantes*). En este encontramos testimonios muy valiosos, agudas observaciones y aplicaciones muy sabias. El libro lo escribió el Hiponense hacia el 405. Estamos, pues, ante el decimosexto centenario de la obra

Un diácono en Cartago, llamado Deogracias, pide al obispo Agustín que le escriba algo *de catechizandis rudibus*, o sea, *para instruir a los que empiezan* y poder así cumplir con el encargo de catequista que tiene en la Iglesia. Deogracias quiere saber bien cómo empezar y cómo terminar su exposición, según las reglas más o menos vigentes de la oratoria;

⁵ *Obras completas* BAC, 39, 428. Con el término *rudes*, entendemos todos aquellos que son objeto enseñanza, de la acción pastoral de catequesis, de ser catequizados o instruidos en la doctrina cristiana.

también si debe añadir alguna exhortación. A veces queda insatisfecho de su exposición, hasta siente fastidio, tanto por sí mismo como por los que le escuchan. Y así se lo confía al obispo.

Agustín, por paternidad espiritual, por su preparación clásica, rétor de profesión y su experiencia pastoral, advierte primeramente a su discípulo que no tiene que preocuparse en demasía por que su discurso le parezca a él desaliñado; sucede a veces que lo que a ti te suena a pobre y aburrido, a muchos oyentes puede parecerles cosa muy distinta. Y le cuenta su propia sensación. No pueden alcanzar las palabras a expresar siempre la idea o el sentimiento.

Experiencia concreta tenía el propio Agustín. Un día se despistó en la prédica. Todos lo advirtieron. Agustín mismo lo comenta con sus monjes: «Os habréis dado cuenta de que esta mañana se me fue el santo al cielo». «Sí —contestaron— y mucho que nos extrañó». Al día siguiente de madrugada un comerciante llamaba a las puertas de Agustín, decidido, de rodillas y con lágrimas en los ojos, a entrar en la Iglesia porque le había impresionado el sermón que el obispo predicó ayer. Entró con los siervos de Dios. Por obediencia fue ordenado sacerdote. Dios hace su obra *per scientes et per nescientes*. El hombre se llamaba Firmo. Y firme permanece en su propósito de santidad. Es san Posidio quien nos cuenta la anécdota (cf. *Vita*, xv). No sea excusa para predicadores, sí razón para feligreses.

Bien podría apoyarse aquí la clásica regla de teología pastoral: el fruto de la homilía —*tum audientis, tum loquentis*— depende tanto del hablante como del oyente. Es el caso del gran predicador san Vicente Ferrer. Se dice que un domingo se le acerca un feligrés y le dice: «hoy sí, padre, su prédica me ha llegado al alma, no la del domingo pasado». El apóstol de Valencia comentó satisfecho: —«Hijo, es que el domingo pasado escuchaste al padre Vicente; hoy, al fin, has escuchado al Espíritu Santo».

HOMBRE AGUSTINIANO

Agustín —y el hombre agustiniano— es *buscador* y *amador*. El método pedagógico, y aun la suma de los saberes, se apoya en el trípode agustiniano de *credere, intelligere, sapere*. Creer para entender; entender para creer con más hondura, y alcanzar así la posesión gozosa de la verdad. O en otra fórmula: *orar bien, estudiar bien, vivir bien*. Desde estos pilares, con mucha sencillez y fina pedagogía, le va exponiendo a Deogracias su enseñanza. Muchas cosas sabidas, pero requieren vigencia, ponerlas en circulación. Un caso práctico: la palabra «ira», por ejemplo, se dice de modo distinto en latín que en griego, pero la expresión de la persona airada no es latina ni griega. Si dices, *iratus sum*, solamente te entenderán los latinos. Pero si la irritación enciende y trasforma tu rostro, todos se enterarán del grado de tu ira (2, 3, 5).⁶

Agustín señala que el gesto, el rostro, la voz, las palabras, todo contribuye, y a veces decisivamente, a la mayor comprensión, aunque no siempre puedan reflejar o exteriorizar la idea o intuiciones de nuestra mente. Al no conseguirlo, puede invadirnos el tedio y nuestro discurso languidece. Debe alentarnos el asunto y la intención. ¡No al desánimo! ¿Acaso estamos haciendo algo inútil? Los recursos psicológicos y hasta en la debida medida, teatrales, son grandes elementos didácticos: intuición, locución, emoción, expresión; que entren en juego los sentidos; *fides ex auditu*, escribía S. Pablo (cf. Ro 10, 17). Por paráfrasis, diremos también: *fides ex visu*, esto es, el lenguaje visivo o, como decía un querido obispo de nuestra Sierra, «la pastoral visual». El habla de hoy ha acuñado la fórmula «lenguaje interactivo»; ya san

⁶ *De Catech. Rud.: At si affectus excandescens animi exeat in faciem vultumque faciat, omnes sentiunt qui intuentur iratum.*

Agustín convoca a las distintas potencias, pero las aglutina desde un arte profesional y las fundamenta en una raíz motivadora insustituible: la *caritas*: *in caritate radicati et fundati* (Ef 3, 17). La caridad, en su doble versión de amor a Dios y al prójimo, es como una facultad intelectual que nos dispone para oír a Dios y llevar a Dios.

A su discípulo Deogracias le dice que logre suscitar en sus catequizandos la atención y el interés. Poseer destreza y arte didácticos para arrancar el deseo por aprender y admirar, desarrollando esa capacidad del hombre por lo maravilloso, lo noble, lo grande, lo bello, hoy generalmente prostituido por los instrumentos masivos. El docente tiene la responsabilidad de crecer y hacer crecer en sus alumnos tales valores. También por la necesaria repetición, no como refugio de la pereza, sino como oferta de generosidad y entrega sincera a todos. Son como técnicas diversas que hacen descubrir el aprovechamiento, observar el ingenio. Y es aplicación natural del conocimiento de la persona que da una apreciación o evaluación más humana. También más objetiva. No poco aprendería aún la pedagogía actual, de estas lecciones y aprovechamiento psicológico y profesional, tanto para profesores como para alumnos.

La autoridad moral del profesor, su porte y el trato sereno y caritativo, harán no solo que la clase sea respetada y amable, sino provechosa. Lo mejor que tuviese la pedagogía de nuestro tiempo coincidirá con los valores del magisterio agustiniano. No ser profesor seco como piedra miliar o los kilómetros de la autopista: marcan lo recorrido y lo que falta por recorrer, pero ellos se quedan plantados (cf. *Serm* 119, 2). En la memoria de cada uno resonará el recuerdo agradecido de algunos maestros que lo fueron, no solo porque transmitieron claros los conocimientos, sino porque formaron corazones y mentes —*mentes et cordes* (cf. *De doctr. christ.* 4, 24, 53)— para el honesto vivir. Ese es su más digno homenaje. «Desiste, pues, de preguntar por no sé qué mal maestro

porque, si es malo, no es maestro; y si es maestro, no es malo».⁷

Agustín con mejores recursos que el mismo Sócrates, quiere que el alumno aprenda su propia mayéutica y, por el conocimiento del profesor, la confianza captada por el alumno y el arte director del maestro, sea el alumno quien *mayéuticamente* vaya alumbrando la verdad. No siempre será posible alcanzar este parto natural, pero en aquellas cosas que previamente hay que aprender, es bueno encontrarles la relación de conveniencia para el mayor conocimiento universal. Le advierte a su discípulo que observando la reacción de sus oyentes descubrirá que sacan algún provecho de su discurso.

Al discípulo Deogracias le quiere corregir su timidez y le advierte que, enseñe quien enseñe, hay siempre una gran distancia entre lo que enseñamos y las realidades divinas sobre las que hablamos. Y Agustín, desde arriba siempre, le aplica el texto paulino: «¿Quién no ve en esta vida sino en enigma y como en un espejo?» (*De catech. rud.* 2, 3, 10).

DELECTANDO DISCERE

Para evitar la monotonía o el aburrimiento, el maestro tiene que ejercer con alegría, superando la materia, identificarse con *el valor* de la materia. Y

⁷ *Si enim malus est, doctor non est; si doctor est, malus non est* (*El libre albedrío* 1, 9). Una forma de enseñanza es el fomento del diálogo, y nos parece hoy tan normal hasta el punto de que una de las preguntas evaluatorias sobre el quehacer del profesor es preguntar a los alumnos si el profesor fomenta el diálogo en su clase con cariñosa invitación, ofreciendo la confianza contra la timidez, la caridad frente a la ignorancia, la libertad confiada y el respeto; pero enseñando siempre, sin actitudes altivas, sin dejar puntos erróneos ni confusos. San Agustín ya ejerce de distintas maneras conocidos métodos que luego sistematizaron los teóricos de la educación. Y aplica el *método erotemático*: así se va *in-struyendo* —es decir, construyendo por dentro— al alumno o catequizando. Y el *método acroamático*, esto es, la lectura, exposición u opinión del alumno, interrumpido oportunamente por las preguntas u observaciones del maestro. Y, por supuesto, los métodos catequético y dialógico.

aquí Agustín, hace de la *hilaritas* —del ánimo alegre— toda una postura de filosofía cristiana. Cuanto más alegre esté el profesor, tanto más beneficiará como maestro a los alumnos. Debemos cuidar para que el expositor lo haga siempre con alegría, ya que cuanto más contento se muestre el catequista, más grato será para el catequizando: *Ut gaudens quisque catechizet tanto enim suavior erit quanto magis id potuerit, ea cura máxima est* (2, 4, 13). La *hilaritas* o ánimo alegre es virtud que debe entregar a los alumnos, pero que tiene su motivación o fundamento en la *caritas*. Enseñar con alegría porque, cuanto más alegremente exponemos, más gratamente somos oídos: *Multo gratius audimur, cum et nos eodem opere delectamur. Si enim in pecunia corporali, quanto magis in spiritali hilarem datorem diligit Deus* (2, 4, 12). Hasta aporta el santo una razón *a fortiori*: «si Dios ama a quien da con alegría la limosna material, con cuanta más razón amaré al que da con alegría lo espiritual».

Pero esta alegría tiene su oportunidad, y la da, misericordioso, a quien ordena ser generoso (cf. *De Catech rud.* 2, 4, 14; 2Co 9, 7). Agustín aplica el texto a toda actitud, ya sea religiosa, ya simplemente profana. La frase es cierta no solo por ser mandato, sino porque psicológicamente es saludable y reconfortante, y la experiencia nos dice que la alegría y el buen humor disponen tanto al alumno como al maestro a las mejores condiciones mentales y vitales: «se nos escucha con mayor agrado cuando nos recreamos en nuestro propio trabajo, porque el hilo de nuestro discurso vibra con nuestro gozo y fluye —*facilius atque acceptius*— hacia la persuasión» (*De Catech rud.* 2, 3, 12).

La alegría es una manifestación externa de la felicidad. Transmitir que somos felices, que poseemos felicidad en el mensaje que damos, traslada igualmente nuestra alegría al discípulo. Fácilmente se llegará a la conclusión de que la enseñanza que se da con alegría verdadera al

alumno, la acogerá también como verdadera, ya que ve el discípulo que al maestro le produce contento y felicidad (*De Catch. rud.*, 2, 4, 12). El niño capta por intuición, mucho más de lo que estudia por obligación. Y el ejemplo personal o doméstico se le convertirá en el texto más provechoso. (Dijo siempre castizamente nuestro pueblo que el mejor predicador es Fray Ejemplo).

Agustín piensa que muchas dificultades de la enseñanza se pueden superar con la alegría: la diferencia entre lo que pensamos y lo que decimos, la pereza que nos tienta, la rutina o la monotonía pueden llevarnos al hastío. Todo esto se puede superar con la alegría y el *entusiasmo* que, en su étimo, contiene cierta posesión del numen divino. También *Iovis*, *iuvenis*, *iovialis*, etc., es decir, 'joven' y 'jovial' tienen la misma raíz divina de *Iovis* ('Júpiter'), y bien vendrá recordarlo para caer en la cuenta de que enseñar con alegría o jovialidad es un oficio —*ministerium*— religioso y cuasidivino. Será tal vez por esto, y por vía consecuente, por lo que el gran Zubiri, hondo conocedor también de las esencias grecolatinas, más bien que profesor, se declaraba *profeso* de la filosofía.

Agustín dice que no es difícil tratar las cosas, incluso de la fe, y sobre todo cuando habrá que echar mano, verbigracia, de una fórmula breve u otra extensa, con tal que siempre sea plena (*De Catch. rud.*, 2, 12). Que de eso se trata a las finales: de transmitir conocimiento sólido, acabado, *formante*. Y sabida es la densidad teológica y antropológica que san Agustín da a la palabra *forma*: reconstruir desde la raíz: por causa de su *de-formación*, el alma debe ser *re-formada* por la Sabiduría no formada o *increada*, mas por la que todo fue formado (*Reformata per Sapientiam non formatam, sed per quam formantur universa, De vera relig.* 12, 24).

AGUSTÍN CLÁSICO

Es sabida la importancia que san Agustín da a las disciplinas y artes liberales por lo que iluminan y perfeccionan la comprensión de las cosas superiores. Cuánto convendría en nuestro tiempo contrastar esa exigencia intelectual y método, con algunas prácticas facilonas, que se contentan con un conocimiento meramente vulgar, y no se extienden ni profundizan en la densidad del contenido. Tengo *in mente*, no puedo evitarlo, la práctica supresión de las lenguas clásicas y todo su vasto mundo en los estudios filosófico-teológicos. Creo poder afirmar que nuestros alumnos no saben más hoy porque les damos menos que ayer. Agustín responde: —«Estudia Humanidades». —¿Para qué? —«Para que seas un humano». Es decir, «un hombre digno en medio de los hombres»: *Discite litteras. Quare? Ut sis homo. Quid enim? Modo pecus sum? Quod dico, ut sis homo, hoc est, ut sis eminens inter homines. Unde et illud proverbium: Quantum habebis, tantum eris* (*De discipl. christ.* 11, 12).

San Agustín ve ya en la primera frase de la Biblia una de las partes de la preceptiva retórica: la *narratio*. La primera catequesis nos la dio quien escribió *Al principio Dios creó el cielo y la tierra* (Gn 1, 1).⁸ Porque expone la *narratio*. Da la instrucción de cómo debemos citar o resumir y destacar lo más interesante para la ocasión. Y para lograr el fruto de la exposición debe regirnos, naturalmente, *la caridad, fruto de un corazón puro, una conciencia recta y una fe sincera* (*De Catch. rud.* 3, 6, 4).

⁸ *De catech. rud.* : *Quisque primo catechizatur ab eo qui scriptum est: In principio Deus creavit caelum et terram* (3, 5, 1). Cuando pensamos que el libro de Agustín está hecho para los *accidentes*, para principiantes en la fe que se apuntan para catecúmenos, no podemos menos de admirarnos.

Pero en esto Agustín también introduce una novedad. La *narratio* que cuenta la *Historia Salutis* la prolonga ya a la *Historia Ecclesiae*, donde la acción de Dios, aunque de modo diferente, continúa en la historia, —*usque ad praesentia tempora Ecclesiae*— también con hechos y palabras, —*gestis verbisque*— (DV 2) (*De Catch. rud.*, 3, 5, 1; 6, 10, 4).

Avisa sobre la soberbia del hombre, pero enseña e insiste sobre la humildad de Dios que quiere curar esa soberbia: *Magna est enim miseria superbus homo, sed maior misericordia humilis* (*Deus* 4, 8, 11). En fin, en lo que expongas te guíe siempre la caridad; pero esta como condición pedagógica, para que el oyente al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame (4, 8, 11). Palabras que dichas por Agustín a quien enseña a los principiantes, las toma el propio Concilio Vat. II como portada de la Constitución Conciliar *Dei Verbum*, 1.

Agustín contempla prácticamente todas las posibilidades. Aun cuando hubiese llegado con disimulo o mentira, el catequista —*ministerium catechizantis*— (2, 4, 8), debe obrar siempre con rectitud de intención y benevolencia a ver si logra hacerse de verdad por tu sencillez, lo que antes quería ocultar por su doblez. O que nuestras palabras sean tan amables que, al fin, desee ser de verdad tal en su corazón, cual ahora desea fingir ante tus ojos (5, 9, 6).

Pero supongamos, se entretiene san Agustín, que viene uno a hacerse cristiano porque ha sentido un aviso o revelación del cielo. Tenemos una ocasión divertidísima, dice él, —*laetissimum nobis exordiendi aditum praebet*— para comenzar nuestra catequesis. Hay que ir pasándolo de las fantasías a las profecías. La recomendación lleva también su pellizco de ironía y su buen humor.

Decirle que la misericordia de Dios no le habría iluminado con signos y revelaciones, si no fuese porque desea recorrer el camino (*iter*), el

itinerario de las Escrituras, donde no busque ya milagros visibles, sino que debe acostumbrarse a los invisibles —*non visibilia miracula, sed invisibilia*—. Y la Escritura le comunicará sus avisos, no ya mientras duerme, sino cuando está bien despierto: *Neque dormiens, sed evigilans moneretur, eum securius et tutius carpere voluisset* (6, 10, 1).

Pasemos ahora a explicar la *Historia Salutis* que comprende ya, la *Historia Ecclesiae* hasta nuestros días, yendo a lo fundamental sin detenernos en recovecos o, en frase agustiniana, que las gemas no oculten el oro, y refiriéndolo todo al fin del amor de Dios (6, 10, 4, 6). Es tiempo de instruir sobre la debilidad de los hombres, de los de fuera de la Iglesia, y de los de dentro, para no dejarse arrastrar por quienes practican los vicios de fornicación, adulterio, estafa, brujerías, etc. Enseñar lo que dice el Señor y la Iglesia. Y, resolución infalible: haces a la Iglesia mejor, si tú mismo comienzas ya hoy a serlo (*Si ipse esse coeperit* 7, 11, 4).

No deja de advertirle Agustín el modo propio y prudente, con escrupulosa meticulosidad cuando el que se acerca es una persona culta. Colocando a Deogracias en el preciso contexto, le recuerda, sin embargo, destacar de la Escritura la salubérrima humildad en su elevación sublime (*Maximeque commendans in Scripturis canonicis admirandae altitudinis saluberrimam humilitatem*) (8, 12, 3). Quién mejor que Agustín para enseñar ahora desde su experiencia. Él que sufrió la decepción de abrir la Biblia y parecerle indigna, al no encontrar en la Palabra de Dios un estilo más digno que los elegantes periodos ciceronianos (*Conf.* 3, 5, 9).

También le advierte sobre los *accidentes* gramáticos y oradores. Habla aquí su sabiduría y su vivencia como alumno y luego como profesor de retórica. En las *Confesiones* detalla curiosos pasajes donde lamenta que en la escuela se ponía excesivo interés en no cometer barbarismos o solecismos, pero se jactaban del estilo elegante con que referían sus obscenidades. Y un

lapsus linguae o la pronunciación incorrecta por ejemplo de la palabra *homo*, era más grave que odiar y matar a un hombre (*Conf.* 1, 18, 28). Actualidad rusiente de la axiología agustiniana contra la hipocresía de nuestro tiempo que, más que en la mejor época farisea, cuela el mosquito y se traga el camello de la manipulación sistemática, de la mentira maquillada como noticia, del tanatismo, la sodomía y hasta el abominable crimen del aborto.

Saber que la voz que llega a los oídos de Dios es, precisamente, el grito del corazón sincero; así se atenderá más a la intención del contenido que al solecismo de quien lo pronuncia. Y no es que esto, advierte el obispo, —y otra vez con gran actualidad— no deba corregirse, sino que aprendan, que así como los oradores son aplaudidos en el foro, así los orantes son bendecidos en la Iglesia (*Ut sono in foro sic voto in Ecclesia benedici*). Que no es lo mismo, afina el propio san Agustín, una *bona dictio* que una *benedictio* (*De catech. rud.: Itaque forensis illa nonnumquam forte bona dictio, numquam tamen benedictio dici potest* 9, 13, 5-6).

No pasa por alto Agustín ni siquiera la sensación y las causas de hastío o aburrimiento que amenazan al maestro. Con claridad y agudeza expone lo que puede suceder y aun de hecho pasa por la mente y el ánimo del diácono Deogracias. ¿No serán aplicables estos sentimientos, me permito, también a algunos sacerdotes cuando se ven atacados por cierta tentación de desánimo o por la depresión que, en fin, aunque errada, pero gráficamente, algunos llamaron *demonio meridiano*? Esas crisis se superarían y muchos espíritus se sanarían, viene a decir un reconocido maestro espiritual de nuestros días, si en lugar de recurrir mecánicamente al consultorio del siquiatra, acudiésemos antes al que es todo en uno y de modo tan eminente: a Agustín, maestro, amigo, doctor, sicólogo y santo.

Con amable habilidad de experto y sobre todo con intimidad de amigo, hace muy interesantes los remedios con que se debe atajar la

aridez de la tristeza y la sensación de fracaso (10, 14, 6). Y habrá que volver reflexivamente al esfuerzo del amor, para también heroicamente sentirse a lo Pablo, enfermo con los enfermos para ganar a los enfermos: *Factus est infirmis infirmus, ut infirmos lucrificaret* (cf. I Co 9, 22; cf. 10, 14, 10).

Y advertencia metodológica transmitida como segura desde la fe: «Que Dios hablará en nosotros como deseamos, si aceptamos alegremente que Él hable por nosotros como podamos»: *Ut loquatur nobis Deus quomodo volumus, si suscipiamus hilariter ut loquatur per nos quomodo possumus* (11,16, 9).

Agustín buscará colocarse en actitudes aparentemente increíbles, pero pastoralmente imprescindibles. Y para que las cosas que decimos mil veces no nos aburran, recurramos al modo de ejercitarlas por el amor —*congruamus eis per fraternum, paternum maternumque amorem*—, y así esas cosas que para nosotros resultan viejas y desabridas, por el amor *fraterno, y paterno y materno* se nos harán nuevas y deliciosas (12, 17, 1). En lo posible, casar la idea genial con la estética verbal. Decir lo viejo en forma nueva y grata; y así en la novedad de los que aprenden nos renovemos los que enseñamos (*Per amoris vinculum in quantum in illis sumus, in tantum et nobis nova fiunt quae vetera fuerunt*) (12, 17, 2).

Continúa con minuciosidad asuntos que podían ser preteridos, pero que sicológicamente tienen importancia y actualidad extraordinaria. Nos revela también ahí su *genio pedagógico*. Y en el caso extremo del ignorante, del indolente o del díscolo, nos emplaza con el *cambio de método*; nos da la consigna en otro de sus bellos retruécanos: seguir hablando, sí, pero *más a Dios acerca de él que a él acerca de Dios*: *Magisque pro illo ad Deum quam illi de Deo* (13, 18, 4).

Lleva cuenta de todas las circunstancias tanto saliendo al paso de las dificultades de parte de oyentes tan dispares, como las que pueden surgir

del propio expositor. Para todos encuentra su prudente advertencia o sabio remedio. Y siempre la mira bien alta en el Señor de todos: «a todos se debe la caridad, pero no a todos dar la misma medicina. La misma caridad, a unos da a luz, con otros sufre; a unos trata de edificar, a otros teme ofender; se humilla hacia unos, se eleva hasta otros; con unos se muestra tierna, con otros severa; de nadie es enemiga, de todos madre» (15, 23, 5).

Por si fueran pocas las advertencias, le quiere aconsejar a Deogracias con ejemplos prácticos sobre acciones y reacciones distintas. Vigilar las aficiones para no caer en el orgullo de las riquezas, la orgía de las tabernas, la frivolidad de los teatros, la inmundicia de la fornicación... Y con su habitual estilo sentencioso da la receta: *Qualis enim cibus sumitur, talis valetudo consequitur* ('Cual es el alimento que ingerimos, así la salud de que disfrutamos') (16, 24, 10). Al cristiano se le promete, incluso aquí, una paz serena entre dificultades temporales; así el creyente gozará más de buena conciencia entre afanes, que el pecador de su vicioso corazón entre placeres: *Verius atque iucundius gaudere hominem de bona consciencia inter molestias, quam de mala inter delicias* (16, 24, 12). Todo con geniales frases como relámpagos que iluminan de horizonte a horizonte todos los entresijos de la inteligencia.⁹

⁹ *Salvi facti sunt credendo quia veniet, sicut nos salvi efficitur credendo quia venit* (17, 28, 10. 19, 33, 11-17). *Duae civitates*. Con san Ireneo escribe que *gloria Dei vita hominis super terram*; sí, la gloria de Dios es el hombre sobre la tierra; el Hiponense redondea: cuando el hombre imita la sabiduría de Dios (18, 29, 3). Tampoco hay que desesperar por que los malos parezcan más que los buenos; ni aunque se oficialicen las estructuras del mal; también el trigo es mucho menos que la paja: *frumentum in comparatione palearum valde pauciores* (31, 1). Desde el principio andan mezclados los cuerpos, separadas las voluntades; Dios sabrá hacer el día del juicio. Noé, Abraham, los profetas. Todo está simbolizado en los misterios de Cristo: Antiguo y Nuevo Testamento. Aquellos como nosotros, todos formamos el cuerpo de la Iglesia cuya Cabeza es Cristo. La razón para hacerse cristiano es la misma: los antiguos se salvaron creyendo en el que había de venir, como nosotros creyendo en el que ya ha venido.

No es difícil encontrar reminiscencias tanto de su padre Patricio, en cuanto al interés sobre la preparación intelectual de su hijo, como de su madre Mónica. Hemos aludido al aprendizaje de los años de Cartago, en la esperanza de que un día lo aprendido le serviría para profesar y defender más brillantemente su fe (*Conf.* 2, 3, 8). Así ahora, Agustín, al hablar de la resurrección discurre más por la razón de fe que le dio su madre moribunda que por argumentación con razones de congruencia: «Enterradme aquí», le resuena clara y firme la voz de Mónica: «¿Es que le va a ser difícil reconstruir lo que era a quien pudo hacer lo que no era?» (*De doct. christ.: Numquid ergo difficile est Deo istam quantitatem corporis tui sicut erat, qui eam facere potuit sicut non erat?* 24, 46, 3; *Conf.* 9, 11, 28).

TAREA DE CARIDAD

Ordenar en rectitud nuestra vida para que sea eficaz y fructífera nuestra enseñanza. Parece mero consejo moral; no sería poco. Es, ante todo, método pedagógico y especialmente agustiniano. Estar seguros —*certa cognitio*— de la certeza que les trasmitimos, y firmes —*solida scientia*— en la seguridad en que nos apoyamos. Contamos con la certeza teórica de los principios; se exige la firme convicción en ellos. Conociéndose a fondo y siendo honrado a cabalidad, Agustín, en otra de sus concisas expresiones, rezaba así: *Non certior de Te, sed firmior in Te*. Su certeza sobre Dios ya era suficiente; su firmeza en Él aún no era bastante.

Tener alumnos es fácil. Contar con discípulos es más difícil. *Alumno* —de *alere*— es el que se alimenta, el que va adquiriendo conocimientos de algunas ciencias; el *discípulo*, además, es el que trata de secundar las enseñanzas o actitudes filosóficas o morales del maestro. No seamos solo profesores de la asignatura que enseñamos; seamos maestros de los discípulos

a quienes enseñamos; cultivar las potenciales virtudes de los que nos oyen, nos ven, y juzgan nuestras actitudes. Lo hizo el maestro Sócrates. En propósito agustiniano, es hacer comprensible la Palabra y la obra de Dios, pasándola por la Palabra inteligible que es Cristo. «Lo que enseñas, enséñalo de tal modo que al que le hablas, oyéndote crea, creyendo espere y esperando ame» (*De cat. rud.* 4, 8). Que el ejemplo de Jesús incluso como postura filosófica, tiene más validez que la actitud de la escuela cínica o estoica: «despreció los bienes terrenos para enseñarnos a despreciarlos, y soportó los males terrenos para enseñarnos a no buscar la felicidad en aquellos, y a no temer la infelicidad en estos» (*De cat. rud.* 32, 40, 6). O construimos un mundo humano y honrado, formando hombres virtuosos, o se los tragará el submundo que padecemos, el cada día más poblado bajo mundo, víctima del vicio y los agentes del mal.¹⁰

Agustín tiene una bella página que aplicamos aquí para la pragmática educativa. El contexto se refiere a los herejes de su tiempo, a quienes hay que atraer, *omni opere, omni sudore*, a la unidad anterior (9, 11). Pero debemos medir nuestras fuerzas espirituales: «¿Cómo vamos a descongelar en ellos el hielo de la iniquidad si no ardemos con la llama de la caridad?» (9, 11). San Agustín, en un ejemplo ingenioso, y haciendo gala de su estilo alegórico distingue entre los «pescadores» de Jesús (*faciam vos piscatores hominum* (Mt 4, 19), y los «cazadores» del profeta (Jer 16, 16).

¹⁰ Hay que manejar el *modus* (el comedimiento, base del *arte pedagógico*), aprender a graduar la enseñanza con la paciencia, el amor con la corrección, la libertad con la exigencia «para que el que está siendo curado no perezca entre las manos del médico. ¿Nos inquietaremos porque el enfermo retira la mano de quien le opera?» (*Non quam sis molestus, sed quam sit dilectus*). *De util. ieiun.* 9, 11.

Los herejes andan sueltos por las soberbias hinchazones de la tierra. Agustín cita con nombre propio: «un monte es Donato, y otro es Arrio; monte es Fotino y monte es Novato» (9, 11). Hoy nos suena a historia. En su tiempo era deberse a la verdad.

El mundo ya no es neutro. Hoy el mal no es un hecho a escondidas o simple efecto de la oscuridad. Hoy está instituido y con carta de vigencia en muchos países. Bajo soporte legal, son arrasados valores morales y sociales. Abusando de eso que llaman democracia legalizan la pornografía, el abominable crimen del aborto, el tanatismo, la sodomía u homosexualismo y demás degradantes aberraciones. Las herejías sociales de hoy son mucho más graves y deletéreas que las teológicas de otros tiempos. Y si no las condenamos, como Agustín, con su nombre propio, somos traidores al evangelio por esconder la Luz bajo el celemín. San Agustín dice: «andan errados» (*Venatoribus indigebat error ipsorum, De util. cred.* 9, 11). Y debemos enseñar, predicar Ley de Dios, iluminar conciencias: «para estos errores se necesitan cazadores».

De las dos ciudades nadie ha hablado mejor que el genio de Hipona. El concepto y aun la expresión de la enseñanza agustiniana, tienen vigencia plena y, seguramente, más que ayer. No podía faltar, es claro, la taxativa sentencia agustiniana: *Sed retia, nostra vita est*. Sí, las redes son nuestra vida. «Los maestros, efectivamente, son como modelos que imitar, y esto mismo será enseñar» (*De mus.* 1,4, 6). Y otra vez: hombre de oración antes que de predicación (*Sit orator antequam dictator, De doctr. christ.* 4, 15, 32). En paronomasia agustiniana: «antes deprecador que predicador».¹¹

¹¹ *De catech. rud.* 11, 16. Apelación puntual de Agustín: Que te mueva solo el amor. Quédate con el amor. No temas ser importuno; actúa por el amor que le tienes: *Ne attendas quam illi sis molestus, sed quam tibi ille sit dilectus* (*De ut. ieiun.* 9, 11). *Qué clase de amor tendrías si por no ser celoso, permites que se pierdan?* Examínate, pues, qué clase

Si celebramos un centenario, y más este, es para reaprender la oportunidad de la expresión y especialmente el contenido de sus ricas lecciones. Nos urge la reflexión agustiniana. Cuidado con caer en la trampa ni en la presión de la llamada hoy «opinión pública». Es mandato de Jesús a sus discípulos «ser sencillos como palomas, y prudentes como serpientes». No sea que cayendo en la ingenua y extendida frivolidad de ignorar las nuevas formas de «maniqueísmo y pelagianismo», pasemos por alto su cruda realidad, olvidando que los hombres van como ovejas sin pastor y como corderos entre lobos.

Este es Agustín, «el hombre-palabra», como también es llamado. Y él sí urge a contrarrestar el mal, educando, *educere*, sacando de, salvando de; a enseñar el bien *ministrando*, somos ministros del Verbo, a hacer discípulos de la verdad, de la honradez, de la cultura y de los sanos valores.

Dice san Agustín, que aun en cautividad, el pueblo elegido contribuyó a honrar al Dios verdadero, engendrando hijos, edificando casas y plantando árboles y viñas, pues somos colaboradores de Dios, agricultura de Dios, edificio de Dios: *Dei enim sumus adiutores, Dei agricultura, Dei aedificatio estis* (1 Co 3,9); (21, 37, 2-4). El símbolo de los setenta años, es el tiempo de nuestra vida, tiempo de invertir en la purificación para que los hijos de la Iglesia, sean liberados, a su tiempo, como lo fue Jerusalén de la cautividad de Babilonia (21, 37, 9).

Las voces más autorizadas han llamado a san Agustín, «el primer hombre moderno», por su innegable y decisivo influjo en los hombres de la modernidad. El gran agustinólogo, padre Capánaga, dice de san Agustín que es igualmente «el hombre antimoderno», porque diagnostica y cura

de amor te mueve y qué grado de amor posees. «Tu labor solo será auténtica cuando esté motivada e impulsada por el amor, y en el amor descansa, como en su cálido hogar. Si amas la tierra, tierra eres, si amas el cielo, cielo eres, si amas a Dios, Dios eres».

muy graves enfermedades y extravíos, sobre todo, el despótico subjetivismo de nuestra época (cf. *Obr. Compl.* I, BAC, 290, 291).

Si el cultivo de la interioridad —*in te ipsum redi*— lo aproxima tanto al hombre moderno, supo y enseñó —*transcende te ipsum*— a trascender la subjetividad hacia el mundo objetivo, platónico, abierto a los esplendores de la verdad, y dar el salto a la Trascendencia y encontrar al Señor que nos hizo para Sí, y por Él, con Él y en Él alabaremos, amaremos y cantaremos. Y este será el fin sin fin.

BIBLIOGRAFÍA

SAN AGUSTÍN

1970-2002 *Obras completas de San Agustín*. Edición bilingüe. Tomo I. Introducción general. Vida de San Agustín. Preparado por el padre Victorino Capanága (1980); Tomo II: *Las confesiones*. Edición del padre Ángel Custodio Vega (1991); Tomo III: *Obras filosóficas*. Edición del padre Victorino Capánaga (1982); Tomo XXIX: *Escritos varios* (1.º). *La catequesis a principiantes* (1988).

ORDEN AGUSTINOS RECOLETOS

1987 *Plan de formación Studium Sapientiae*. Madrid.